

Cartas cruzadas

Gastón Baquero / Eliseo Diego

La Habana, 29 de diciembre de 1992

A Gastón Baquero,
en Madrid.

Querido Gastón, hermano mío:

Mientras más tiempo pasa, más me reafirmo en mi convicción de que nuestro encuentro en la Residencia de Estudiantes es ya una de las encrucijadas fundamentales de mi vida. Es como si me hubiesen reintegrado una parte esencial de mi persona que me hubiesen arrancado, y ahora es, sin siquiera una fisura, otra vez conmigo.

Recuerdas que ya te marchabas –porque tenías un turno con el médico– y yo te tomé por el brazo. Te diste vuelta sorprendido, y te encontraste con mi mano tendida, que estrechaste sin vacilaciones. Entonces, y por impulso irrepresible, te abracé y te dije: “Gastón, hermano, cuánto tiempo”.

Tu rostro se distendió, como si se deshela, y te sonreíste como lo has hecho tantas veces cuando conversábamos, y me dijiste como si fuese ayer mismo: “Me enteré de que anoche hablaste de mí”, con una complacencia de niño.

Claro que todo se lo debemos a mi hija –tu sobrina– Fefé. Ella fue la que se atrevió a pararse delante de ti y a decirte quién era. Después corrió al salón a sacudirme, porque yo medio que dormitaba.

Te juro que no te había visto. Cinta, la áurea, la muchacha que organizó estas cosas en la Residencia, había tenido la delicadeza de sentarnos lo más lejos posible el uno del otro, ¡temiendo un encuentro desagradable para ambos! Fefé se acurrucó a mi lado y me susurró que tú estabas en el vestíbulo a punto de marcharte. Como una centella renqueante me apresuré a alcanzarte. ¡Ya ves de qué hilos de araña pende nuestro destino!

Y ahora, en una carta como esta, deben venir algunas lamentaciones. ¡Cuánto tiempo hemos dejado al vacío! ¡Cuántas maravillas nos hemos perdido, tuyas, de Bella, de Fina, de Cintio, de Octavio, de Agustín, y aún más! ¿Cómo no nos percatamos de que nuestra amistad no estaba fundada en la historia, sino en la poesía, materia tanto más frágil, pero más perdurable? ¿Qué harías tú mientras yo escribía, en aquel cuarto de trabajo que me preparó Bellita y donde pasaste con nosotros días de zozobra y de júbilo mientras esperábamos tu salida, el *Muestrario del Mundo*, algún tiempo después de que te marcharas? ¡Ah, Dios, cuántas cosas!

Hoy no voy a hablarte de tu libro. Es, simplemente, un gran libro de poesía —en especial el poema de la página 17, impresionante. Me parece como un eco de una respuesta a las “Palabras de un inocente”. Qué sé yo.

Te envío copia de algunos de tus poemas que conservamos Fina y yo como un tesoro. Siempre hemos hablado de ti entre nosotros, como si fueses un amigo ausente que va a regresar pronto. Como prueba está la actitud de nuestra Fefé, a quien debemos lo que los grandes no pudieron obtener.

Al otro día de nuestro regreso, sufrí una embolia del pulmón que por poco me deja a la parte de allá de la otra parte. Ya estoy de regreso en casa, como ves. Pero he aprendido algunas cosas sobre el tiempo, de modo que me apresuro a terminar esta carta, por lo menos.

Si quieres, o puedes, contéstame. Fina lloró al leer tu dedicatoria. Les di tu recado sobre tu propósito de escribirles. Ojalá lo hagas pronto. De veras que te quieren.

Perdóname la grosería de escribirte a máquina. Pero ni mi pulso es ya mi pulso, ni mi letra es la mía. Un abrazo fuerte de

Eliseo



Querido Eliseo:

No pienses que estuve poco expresivo en nuestro encuentro. Lo atesoro como algo maravilloso. Pero quiero explicarles, a ti y al *bunch*, al grupo excepcional, que no se tome a mal que yo no guste de mirar hacia atrás. Para mí, sencillamente, el pasado ha muerto. Yo viví en un mundo y cerca de unas personas que no volveré a ver. No es, compréndanlo, que no quiera volver a ustedes, es que no quiero volver al pasado. Hace mucho tiempo me declaré a mí mismo desgajado de un tronco y de unas raíces. Yo no vivo, floto. Dije: “Ya no vivo en España. / Ahora vivo en una isla. / En una isla / llamada soledad”.

En mi soledad tengo muy buena compañía, ustedes forman parte de la mejor parte de esa compañía.

Gracias, Eliseo, por tu carta y por los poemas. No tenía la menor idea de haber escrito eso. Tanta es la niebla. Aquí os va, *in corda fratres*, esta maltrecha autoantología, con la pedantería de la música al lado, hecha a la fuerza para complacer a unos poetas jóvenes que no sé cómo dieron con mi teléfono, el Enemigo.

Serenidad, silencio, calma. Como vieron tú y tu cariñosa hijita, estoy mal de movimientos, y salgo por un puro sacrificio.

Todo el cariño. Cuidar mucho a Cintio. Cuando vuelvas, o vuelvan, mi teléfono es el 576 74 54. Agradece en mi nombre al Sr. Barbáchano servirnos de chasqui de gran lujo.

Los sonetos horribles, ripiosos. Eleonora le presentó un día a D'Annunzio un papel diciéndole: "Mira lo que he escrito para ti". El Magnífico leyó horrorizado y le dijo a Eleonora: "Esto no es un soneto, es una cataplasma".

Un aparte para Bella. Y a Fina dile que me acompaña mucho su fantástica página sobre el danzón. El pasado pisado.



La Habana, 30 de marzo de 1993.

A Gastón Baquero,
en Madrid,
de Eliseo Diego.

Mi querido Gastón:

Debes perdonarme mi demora en contestarte, pues acabo de salir de uno de esos túneles sombríos que de trecho en trecho me aguardan, y donde apenas puedo verme la mano. No sé si has leído un pequeño libro de William Styron, el novelista norteamericano, con el título de *Visible Darkness* (o *Darkness Visible*, no recuerdo bien, es decir, *Tiniebla visible*, o *Visible tiniebla*), en la que describe esta enfermedad de la mente a la que nadie de verdad respeta porque no se cura con operaciones o cosas por el estilo. Tiene ya su buena cuota de víctimas, y una historia que se remonta muy lejos: los antiguos la llamaban "melancolía", aunque este nombre es demasiado bucólico para algo tan horrendo. En fin, a otra cosa.

Dices de nuestro encuentro que fue para ti "algo maravilloso", y ya sabes lo que significó para mi volver a encontrarnos. Te contaré una anécdota que fundamenta mi reacción. Cuando los dos éramos jóvenes –yo un poco más que tú, de modo que podía mirarte como a un "maestro de sabiduría"– me presentaste a quien había sido un amigo de toda la vida, aunque nunca lo viese en persona: me refiero a Franz Werfel, cuyos *Cuarenta Días de Musa Dagh* leí por primera vez gracias a ti. En la última novela que alcanzó a escribir, en inglés, *Star of the Unborn* –y en español *Estrella de los no nacidos*, pues no me gusta la palabra "nonatos", injustificados prejuicios que con las palabras uno tiene–, que sucede en un remoto futuro de miles de años, el protagonista –el propio Werfel–, pregunta a un "santo" o "gurú" cuál ha sido el momento o los momentos decisivos de su vida. "Eso debes averiguarlo tú mismo –se le contesta–, y no los busques entre los que te parezcan importantes, como el día en que te encuentre con tu compañera o el día en que te graduaste o aquel en que salvaste la vida en la guerra. Será siempre alguno en que jamás hayas reparado".

Pues bien, querido Gastón. Un día encontré el mío. Tú y yo viajábamos en una guagua desde tu casa hacia la Habana Vieja –¿ iríamos quizás a casa de Las Muchachitas?–, y justo frente a la Beneficencia, que ya no existe, no

recuerdo a propósito de qué, me dijiste más o menos: “Eliseo, recuerda siempre que eres un poeta”. Después seguimos conversando. Pero tus palabras me decidieron a serlo: a ser un poeta, sin que me diese entera cuenta de lo que había pasado. Sabes que lo digo sin asomo de vanidad. Se trata simplemente de un hecho. Pero marcó el curso de mis días. Sólo tú habrías sido capaz de darme la confianza que entonces necesitaba.

Espero que la “confesión” te agrade, y que nada te reproches.

Comprendo ahora que debí incluirte una nota aclaratoria con las copias de los poemas que te mandó Fina. Como ves, y ya sabías, es una loca adorable, y guarda celosamente todo lo que te concierne. Habrá cosas que ya tendrías e incluso habrás publicado. Pero ella te lo mandó *todo*.

De tu libro poco puedo decirte porque ella y Cintio se las arreglan para que no me llegue el turno que sin duda merezco. Te diré sólo una cosa: siempre, desde joven hubo en ti una curiosa dicotomía: el “buen Gastón” y el “ingenioso Baquero”. Este último despreciaba los poemas del otro llamándolos de “andar por casa” o “personales” o quién sabe qué otras lindezas. Cintio, Fina, Bella y yo –y también Don Agustín, que ahora bien lo recuerdo– siempre defendimos a Gastón contra el –perdóname– “Bachiller” Baquero. Parece que el tal Baquero ha prevalecido porque excluye de su antología el que, quiéralo él o no, es ya uno de los grandes poemas del idioma: “Palabras escritas en la arena por un inocente”. ¿Que hay en él retórica, melodrama, sentimentalismo? ¿Y qué diremos entonces de *Hamlet*, de *Macbeth*, de las *Elegías de Duino*, de *Miércoles de Ceniza*, de las *Coplas* de Don Jorge? No, amigo mío, la inteligencia no basta, no abriga.

Bueno, ya me desahugué. Comprendo de todo corazón que no quieras volver al pasado. Tampoco yo lo quiero. Si nuestra silenciosa presencia te ha sido compañía en el pasado, que siga siéndolo en el futuro, hermano mío. Todo depende de ti. Si lo deseas de veras, nos escribes. Todo depende de ti. Siempre tendrás en nuestro corazón tu casa. (Lo que será melodramático, pero también verdad como un puño).

Te abraza,

Eliseo

¡Mira que llamar horribles, ripiosos, a los sonetos que con tanta admiración y cariño he conservado! De la misma familia es aquel que dice:

“sintiendo mi fantasma venidero...”

Y sin embargo, dos jóvenes tan inteligentes y más ingeniosos que el Mal Baquero, mi hijo Lichi y Diego García Elío, se entretuvieron en leérmelos una tarde, allá en México, junto con otros en una antología publicada por el Bicéfalo Gastón Baquero, advirtiéndome rítmicamente: “Aprende, so-burro, cómo se hace poesía”. Así se escribe la historia, amigo.